

Cardenal Raúl Silva Henríquez. Presencia en la vida de Chile (1907-1999)

Mario Aguilar

Santiago, Editorial Copygraph, 2004

MARTÍN LARA*

El año 1907, como tantos otros, es uno de aquellos que pueden pasar desapercibidos en los anales de la vida de un país. Y, como sabemos, cada hecho, cada persona o cada acción tienen la capacidad de adquirir relevancia, cuando los que nos dedicamos a historiar el pasado nos percatamos de algo o decididamente, le damos importancia a un hecho que consideramos significativo.

Lo anterior, lo decimos por el conocimiento de dos sucesos inherentes al misterio de la existencia humana. Moría un constructor de la historia y nacía un protagonista de ella. Fallecía en noviembre Diego Barros Arana, uno de los más grandes historiadores de América y, dos meses antes, veía la luz en las secanas tierras maulinas otro valuarte de la historia, nuestro querido Raúl Silva Henríquez.

La vida del Cardenal recorre la centuria que, tal vez, más fuertemente ha marcado las manifestaciones y conflictos de la humanidad. Atendiendo a ello, el poco tiempo en que aceleradamente se sucedieron los hechos, crisis y fenómenos por todos conocidos en el ámbito de la ciencia, tecnología y aspectos sociales en sus diversas dimensiones.

Dentro de aquel período en la historia nacional, la relevancia del Cardenal no es menor. Muchas de las problemáticas que estaban latentes a principios de la centuria, nuestro protagonista en conjunto con otros personajes de la vida chilena le dieron respuestas recién desde la segunda mitad del XX. Dentro de estas, el ayudar a los más necesitados desde la luz de la fe, fue su valuarte y símbolo de lucha. El amor, que en el más amplio sentido de la palabra intentó materializar, es algo que debemos agradecer y repensar. *Caritas christi urget nos*, con todo el peso y profundidad que implica, fue el

* Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile.

verdadero motor de su actuar. Precisamente, dentro de esa lógica y de ese pensar, Mario Aguilar nos presenta su libro.

Cardenal Raúl Silva Henríquez. Presencia en la vida de Chile (1907-1999), es una publicación singular. En primer lugar, porque es un libro que intenta recorrer historias paralelas: la del Cardenal y la de Chile durante el siglo XX. Y, en segundo lugar, tomando los recuerdos del autor, reconstruye los avatares de la sociedad chilena, dando nuevas luces de entendimiento sobre una etapa febril de la política chilena: la relación entre la Iglesia y el Estado durante las décadas de 1970 y 1980.

El libro, por su *corpus*, se enmarca dentro de lo que llamamos obras de divulgación masiva, ya que carece de enfoque metodológico, hipótesis y menos estructura teórica. Por ello, no se puede exigir de él mayor profundidad en el análisis. En todo caso, a pesar de estas ausencias, por el sólo hecho de ser publicado, invita de modo obligado a la comunidad académica y público en general, ha realizar una lectura pausada y crítica, a lo que nos referiremos enseguida.

En el aspecto estructural, el esqueleto temático está compuesto por nueve capítulos, todos ellos, ordenados en estricto orden cronológico. Éstos, a su vez, son antecedidos por una presentación del Obispo Ezzati y una introducción del autor. A lo que se agrega en la parte final, una anenda de agradecimiento a las personas que colaboraron con la tarea emprendida.

El capítulo inaugural de la obra, titulado “Infancia y educación”, trata de modo sintético los primeros años del joven Silva en la región del Maule y su posterior llegada a la capital. En las primeras hojas de este capítulo, la narración es plana, carente de espacios de cuestionamientos, intentos de profundidad, quedándose sólo con lo dicho por el Cardenal en sus *Memorias*, dejando notar a simple vista, un desarrollo magro en el estudio de los primeros años del joven Raúl, significativos en su devenir. Sin embargo, a medida que se continúa la lectura, hay una voluntad de penetrar en los años de formación del biografiado, con claros aciertos y algunos espacios de total escepticismo por parte de un lector atento.

Así por ejemplo, es interesante observar de qué modo influyó en él la formación religiosa de su familia, particularmente la de su padre. O cómo, durante sus años de estudio en la Universidad Católica, se empezó a consolidar su vocación: el amor hacia la vida consagrada. Pero consecuentemente con lo anterior y, a medida que se lee el texto, van surgiendo preguntas al lector, tales como ¿sólo los motivos que da el Cardenal en sus *Memorias* son las únicas causas por las que decidió entrar a la Congregación Salesiana? ¿Qué papel político jugó Raúl Silva Henríquez en su período de estudios superiores? ¿Tuvo oportunidad en sus últimos años de estudiante universitario de conocer a futuros demócrata cristianos como Frei padre, entre otros, en las

periódicas reuniones que la Escuela de Derecho o los movimientos pastorales daban a los estudiantes? Preguntas como estas, que fácilmente se pueden responder consultando biografías como la de Cristián Gazmuri sobre Eduardo Frei, perfectamente podrían haber estado insertas en esta parte, ya que le hubiese dado aspectos novedosos, al realizar estudios de vinculaciones políticas y sociales que más tarde, como sabemos, responderían a la cercanía y apoyo que tuvo el Cardenal con algunos personeros públicos en momentos difíciles de la historia nacional.

“El ministerio del Padre Silva” es el segundo capítulo del libro. Siendo el más extenso de la obra, detalla de gran modo la labor prestada por el sacerdote Silva en la tarea de servir a sus hermanos en las diversas obras que le fueron encomendadas. En esta parte, se puede analizar de qué modo y bajo qué parámetros la hermandad salesiana y más tarde la curia romana fijó sus ojos en este hombre, dotado de una gran capacidad organizativa y de gestión. Ello lo demostró desde sus primeros años de sacerdocio en Chile, cuando se le encarga la dirección del colegio de los salesianos en La Cisterna y la magna obra de construir el espacioso templo de Don Bosco que se conoce hasta el día de hoy en la Gran Avenida.

Esta etapa de su vida, que dedicó salomónicamente a la educación de los jóvenes y seminaristas y, al mismo tiempo, a la tarea de pastor, la trabaja de muy buena forma la pluma de Aguilar. Es precisamente en este período, que Silva Henríquez se va dando cuenta de la realidad del país, de modo particular, la situación político-económica y cómo esta se vinculó estrechamente con la condición sociolaboral de muchos chilenos. Ciertamente, es esta parte de su vida, la que marcará su filiación con la defensa no de los hombres, sino con la humanidad de los hombres, que en términos tomistas es diferente.

La tarea del sacerdote-emprendedor a medida que los años pasan, cada vez se acrecienta. Ya no sólo se configura como un flamante administrador de los bienes que recauda en Chile y el extranjero, sino que surge otra faceta, la del hombre líder. El papel que realizó en los diversos encuentros y jornadas de la iglesia chilena y latinoamericana, como el Congreso de Religiosos en 1953 y 1954 respectivamente (Pág. 52); se agrega, el liderazgo que le cupo en organizaciones como la INCAMI, la Comisión de Migraciones del Episcopado y, finalmente, en una de las instituciones más duraderas y que más fuertemente hizo sentir la iglesia nacional en su relación filial con los desposeídos, al crear en 1956 Cáritas Chile (Pág. 58), cuya labor se enmarcó en acrecentar la alimentación, vivienda, educación, fomento y reparación material de los más necesitados.

Gracias a las labores desarrolladas anteriormente, muchas de las cuales resultaron todo un éxito, imitándose algunas en el extranjero, sumado a una involuntaria demostración de sus capacidades dentro y fuera de Chile, la

Santa Sede tomó conciencia de la acción pastoral de este hombre. Dentro de este aspecto se enmarca "Arzobispo y Cardenal en democracia", la tercera parte del libro.

La vertiginosa carrera ascendente del sacerdote Silva, fue resultado de una serie de factores: la muerte del Cardenal Caro; la vacancia de Obispos fuera del área metropolitana; la modernización de la Iglesia chilena y; los turbulentos vientos que dentro del laicismo chileno se estaban produciendo que, en conjunto confluyeron para que nuestro Raúl pasara de sacerdote a príncipe de la iglesia, en un ínfimo lapso de tan solo dos años. De modo resumido, Mario Aguilar da cuenta en este capítulo qué caminos sigue el Cardenal en su nuevo cargo, las relaciones con los gobiernos de turno y el papel que le ocupó en la modernización del Obispado porteño y, más tarde, de la Arquidiócesis capitalina. Merece una lectura detallada en esta sección, la relación interna de la Iglesia chilena, de manera particular, la primada en torno a los vaivenes que la política estaba dando. Atendiendo en cómo la Iglesia chilena se relacionó con sus fieles que, unidos por la fe, disientan de modo abismal en la forma y actuar de la Iglesia local sobre temáticas referidas a la cuestión social, tenencia de la tierra, y defensa de los derechos básicos de los trabajadores que, en la opinión pública, fuertemente se confundía con las ideologías que actuaron en la revolución de 1959 en Cuba y la influencia de Estados Unidos en los medios de comunicación.

La década de 1960 fue la que de modo definitivo prefiguró los trágicos años que le sucederían. Para la iglesia y, de modo particular, para el Cardenal fue bastante dificultosa la realidad que en el Chile de la época se estaba dando. "Concilio, Iglesia y Política" e "Iglesia, Socialismos y Políticas" son los capítulos del libro que dan cuenta de los acontecimientos de la época.

Una de las cosas más lamentables que el autor nos presenta en esta parte, es cómo algunos medios de comunicación, particularmente El Mercurio, se volcaron en contra del Cardenal y algunos obispos llamándolos curas rojos, sin más que la cobardía y miedo ante la pérdida de liderazgo político que hasta hace pocos años algunos grupos de interés afines tenían. Sobre esto, la realidad chilena en ningún caso fue un resultado aislado de lo que se estaba dando. En el mundo, la situación bipolar en materia política y económica, estaba cargada de un fuerte tinte ideológico que rápidamente penetró en el sustrato íntimo de la iglesia romana. Latinoamérica vivió duramente las discusiones y perspectivas que el catolicismo como dogma y discurso debía servir a la sociedad. Los cambios que rápidamente se estaban dando, clamaban para que Roma actuara. El papel de Juan XXIII se enmarca precisamente dentro de esa línea.

Tal como lo señala el autor, el Cardenal fue un activo participante dentro del *Concilio Vaticano II*. Las experiencias anteriores en materia de reuniones

y reflexiones con teólogos chilenos de gran nivel, le permitió al purpurado cumplir un excelente papel en las diversas reuniones y tareas que se llevaron a cabo, de modo particular, en lo que se refiere al estudio del marianismo en América y el uso de las lenguas vernáculas en las liturgias.

Las descripciones pinceladas por el autor en materia nacional es, por decir de un modo, compleja. Por una parte, el estudio que hace de la Universidad Católica, la pudo haber conjugado de mejor forma con la amplia bibliografía que hay sobre el tema. Casi todo lo que dice con relación a ello, está totalmente superado, incluso hay varias cosas que se tocan superficialmente y que en trabajos anteriores como los de Marlen Velásquez *Episcopado chileno y Unidad Popular* o la misma *Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile* escrita por Ricardo Krebs, superan ampliamente los argumentos de Aguilar. Para este caso, faltó volar alto y un mínimo esfuerzo bibliográfico. Sin embargo, en la parte referida a las relaciones Iglesia-Estado y, de modo particular, con la Unidad Popular, es realmente bueno e interesante el estudio e ideas que confecciona. Nuevamente la naturalidad con la que arma el tema, en el que se dan sabrosas noticias de cómo el clero actuaba en la época, las dimisiones que se produjeron y el debate interno, dan colorido e interés a la lectura. En síntesis, con un gran dominio que se nota no sólo en el manejo de una ágil pluma, sino en la disminución parcial de citas de las memorias cardenalicias, son a nuestro juicio, la parte más interesante en materia de dominio temático y profundidad analítica.

El sexto y séptimo capítulo titulados “El Cardenal y el Golpe Militar” y “El prelado que defendió a los perseguidos” en conjunto, son la unidad de entendimiento sobre la crisis política post 1973 y las consecuencias que en el tema de los derechos humanos se materializaron. Estos capítulos repasan la parte más conocida sobre la vida del Cardenal: la férrea defensa de valores que se sobrepusieron a discusiones ideológicas; la oposición total al daño de la integridad física y psíquica de los hombres; y el atentado a la caridad humana que, en su conjunto, fue la más dura batalla que tuvo que protagonizar (Pág. 143). A la distancia de los años, la lucha del Cardenal a pesar de las incomprendiones por parte de laicos, políticos y religiosos en Chile y el extranjero, fue una muestra clara sobre la pervivencia de la memoria, experiencia, cordura y fe de un pastor, dentro de los marcos del amor y confianza que él entendía como el *Alma de Chile*.

Ampliando el material bibliográfico, Mario Aguilar en estos capítulos reconstruye de buen modo los días anteriores y años posteriores al 11/09. Dando un significativo protagonismo a los pastores católicos, demuestra cómo el Cardenal ante los difíciles momentos se la juega decididamente por todos y cada uno de sus hombres y mujeres que emplazados anárquicamente entre campamentos, parroquias, vicarías y poblaciones se quedaron al lado de las familias que sufrieron la dura represión de la Junta Militar. Como también,

desde otro ángulo, estudia los pasos que siguió la Conferencia Episcopal en el camino de construir puentes de diálogo con el gobierno de turno, mediante reuniones, emisarios y diversos comunicados públicos, para declarar la posición colegiada de la acción pastoral frente a los atroces hechos que se sucedían (Pág. 144, 150).

Siguiendo con estos capítulos, es relevante el análisis construido sobre la pugna de competencias y jurisprudencia que entre los poderes civiles y eclesiásticos se empezaron a suscitar. Esta idea, se ejemplifica de modo certero en dos hechos de serias consecuencias para la futura relación entre ambos poderes.

El primero de ellos, es cómo el Cardenal reacciona ante la negativa de Pinochet de seguir manteniendo abierto Pro Paz. A regañadientes Silva Henríquez lo clausura pero, de modo inmediato, abre la Vicaría de la Solidaridad; entidad autónoma de Derecho Canónico sobre la cual, el gobierno dictatorial no podía intervenir por cuanto dicha institución poseía fuero eclesiástico. Única forma con que pudo la Iglesia chilena mantener un espacio para la esperanza y proseguir la defensa a los perseguidos políticos.

El segundo de ellos -parcialmente desarrollado- es la difícil tarea que enfrentó Raúl Silva Henríquez: la intervención militar de la Universidad Católica. Este hecho, al que ya nos hemos referido, no es menos importante para el estudio de la educación superior chilena, que bien puede tratarse en un estudio monográfico, por cuanto tuvo serias consecuencias para la relación del Cardenal con una parte importante de la feligresía local. Una marea de personeros gremialistas literalmente boicotearon mediante resquicios legales la potestad que el Cardenal, en calidad de Gran Canciller, tenía según los estatutos internos de esta casa de estudios para el nombramiento o remoción de funcionarios de alto cargo. Con el fin de evitar una incómoda salida a la situación y frenar un posible caos institucional, decidió nuestro príncipe de la Iglesia congelar su función en la UC, con lo que paradójicamente, muchos de los administrativos que estaban en contra del Cardenal, lo acusaron hipócritamente de abandonar su querida Institución...

Los últimos capítulos titulados "Cardenal de la Paz y la Verdad" y "El Salesiano jubilado", nos hablan brevemente sobre el rol de Silva Henríquez en el transcurso de las décadas de 1980 y 1990. Se remiten a los años finales de nuestro personaje como Arzobispo de Santiago, dando a conocer los esfuerzos que emprendió en la tarea de hacer tomar conciencia a los chilenos sobre la realidad de los últimos años y el comienzo de la cicatrización de los hechos, englobados bajo el nombre de reconciliación. Del mismo modo, Mario Aguilar se refiere tangencialmente al destacado rol que nuestro protagonista cumplió en conjunto con los primados argentinos para evitar un posible conflicto bélico a fines de la década de 1970 por la cuestión del Beagle (Pág. 186-7).

Termina el libro describiendo los últimos años de nuestro sacerdote, el pastor de los niños, de los pobres y de los carentes de amor. Tal como dice el autor "...el sacerdote salesiano que estuvo a préstamo en la Arquidiócesis de Santiago volvió a beber de esas fuentes cristianas que lo marcaron en su vida como religioso, sacerdote y obispo" (Pág. 210). Sus últimos años fueron plenos, llenos de agradecimientos, alegrías y reconocimientos por parte de la comunidad, a un hombre que entregó gran parte de su vida a la labor de sus semejantes. Falleció nuestro amigo y pastor en el transcurso del mes de abril de 1999.

En general, el libro intenta dar una mirada global y superficial al siglo XX. En cuanto a lo global, deja bastante que desear. No es posible que un libro que se haya propuesto recorrer parte de la historia chilena, utilice tan poca bibliografía, y la que utiliza, es tratada de modo muy irregular. Sobre el análisis superficial, nada que decir. En algunas partes, tal como lo señalamos al comienzo de este comentario, es un libro-resumen de las *Memorias* cardenales, pero esto en ningún caso significa que obviara otro tipo de trabajos que al respecto se referían. Creemos que hay literalmente una irresponsabilidad en ello.

En cuanto a las formalidades de presentación, el libro es bastante atractivo, buena diagramación, flexible y el tamaño de la letra lo consideramos adecuado. Lamentablemente la redacción es, por decirlo de algún modo, particular. Los títulos en lengua castellana no pueden ir en mayúsculas, a menos la primera letra de la palabra inicial, o bien, los nombres propios. Lo mismo sucede con los títulos de cada capítulo; todo iniciado en la escritura de trabajos sabe perfectamente que cuando en oportunidades reiteradas se cita un trabajo, se reemplaza el título por *Ob. Cit.*; o en su caso por *Ibidem*: aquí esto se ha olvidado. Por último, una persona que por razones personales o laborales -como Mario Aguilar- ha estado cerca de órdenes religiosas, no puede confundir o traspasar gratuitamente a un sacerdote de una congregación a otra, como lo hizo con Simón Kuzmanich que en la página 30 lo adscribe a los salesianos y, a pie de página, lo consagra como monje benedictino... En fin.

A pesar de encontrar cosas positivas en el libro, que son varias, para quienes deseen saber sobre la vida y obra del Cardenal de Chile, recomendamos leer sus *Memorias* y no este libro.